

variaciones sobre el desierto de los desiertos

Nadia Tazi

"Se marchó, viajó, volvió."



Sir Wilfred Thesiger en 1948.

Nombre: Wilfred. Apellido: Thesiger. De nacionalidad inglesa, nacido en Addis-Abeba en 1910. Profesión: explorador. Célebre por haber recorrido el Rub Al Khali, al sur de Arabia (1945-1950) y por haber pasado siete años (1951-1958) entre los maadanés en el Chatt El Arab, esa zona pantanosa del sur iraquí. Con anterioridad, se distinguió principalmente en Etiopía (al reconocer el sultanato de Assua en 1933) y trabajó para la administración colonial inglesa en Sudán (1935-1940). Thesiger sacó de esas experiencias algunas obras entre las que figuran los famosos *Arabian Sands* y *The Marsh Arabs*; él se considera un fotógrafo aficionado (*Desert, Marsh and Mountain*).

Lo que le hace único en relación con otros prestigiosos viajeros-escritores, como T.E. Lawrence, Ch.M. Doughty, R.F. Burton o D. Livingstone, es que, al margen de su obra escrita, con su Leica al hombro, ha completado una obra fotográfica de un valor inestimable, testimonio de la conflictividad de una época y de la desaparición de sociedades y civilizaciones milenarias.

Toda la trayectoria de este hombre invita al retraimiento, al redescubrimiento de los primeros nombres, de la palabra breve y desprovista de imágenes, de las palabras pobres, en suma, y de su poder esclarecedor.

Dictada por los hechos, colocada bajo el signo de los elementos naturales con los que se enfrenta, su trayectoria se define con pocas palabras y no sin reticencias: Thesiger ha escrito sus textos a instancia de los editores y con el deseo confesado de reactivar, mediante ellos, la elección de una vida (*The Life of my Choice*).²



Guerrero de la tribu moran samburu.

Thesiger ha decidido transmitir sus experiencias particulares, contar lo que se presta tan poco a ello –la aventura–, no por hacer obra literaria, ni tanto por promover la etnografía como por llorar activamente el pasado: para poblar la nostalgia y el ocio que fermentan en cuanto llega la hora de la vejez y del retorno, hora esquivada si la hay y comparable a la etapa del oasis que trae de inmediato la carencia del desierto destilando el adocenamiento de lo mediocre y sus efluvios muertos.

[...] El mérito de Thesiger reside en haber enaltecido la exploración llevándola al Desierto de los Desiertos: al corazón del vacío y de lo árido, a "las Arenas" como dicen los beduinos o al *empty Quarter* –ese vacío apenas esbozado por B. Thomas y Philby en los años treinta, recorrido por tribus turbulentas, agotadas por las *vendettas* y las *razzias*. Un ámbito de franqueza y de indivisiones donde la partida, temerosa de los excesos, es sólo un puro desafío, sin apropiación posible y sin mañana. La figuración propia de lo Exterior, de lo Desigual, de la alteridad perfecta donde la exploración encuentra amplificada y reflejada la conjunción de los contrarios –el juego heraclíteo– que encubren su tensión. Ausencia y presencia plenas, sobriedad y brillo, impasibilidad y tumulto de los elementos, libertad y necesidad irrevocable. Se podrían intentar muchas otras combinaciones del doble sentido y de la disyunción bruta que indiquen un más allá del sentido, descubriendo una metafísica al aire libre: una nivelación de poderes donde, como un desollado, la Naturaleza se exhibiera en su violencia y en su indiferencia. En la mayoría de los escritos de viajes todos esos alambutes tienden a la hipóstasis (en el sentido peyorativo de un dato relativo que es llevado a lo absoluto) y han producido su mística y sus lugares comunes: junto a la bucólica y a la geórgica hay una, un tópico igual de hablador, donde, henchido de símbolos y travestido de metáforas, el desierto desgrana lo sublime y declina lo integral de las imágenes de la nada. La eternidad bosteza en las arenas; un mal infinito cruza el espacio y el tiempo en la órbita de la duna, escandiendo el abandono, la desaparición de las cosas o la compasión de lo perecedero. Esta planitud descorazona o deslumbra, mientras que unos demonios velan sobre las crestas tamborileando el trance (el "zar") y los presagios.

[...] Thesiger nunca ha ocultado haberse interesado más por los hombres que por los paisajes y los dioses. Aquí, la raza más pura, dice, por la aspereza de su vida, su aislamiento y la endogamia, es la de los *rashid*, una tribu (de trescientos miem-

bro como mucho, desperdigados entre las fronteras del Hadramut y el Golfo Pérsico) de la que proceden Ibn Kabina e Ibn Ghabaisha, los compañeros de ruta más seguros. Se reconoce indiscutiblemente en sus siluetas frágiles (aún no tienen veinte años) y su porte, "el flujo vital que asegura al cuerpo semítico todo su vigor" (Lawrence), es decir, el patrimonio aristocrático de los árabes en su elemento. ¿Se puede penetrar violentamente en el carácter de esos nómadas instalados en su soberbia, ingenuos como en la niñez de un pueblo y que sin embargo, hacen pensar todo el adiestramiento, la selección y la beligerancia que se necesitan para generar tal nitidez de rasgos? Una cosa es segura, la supremacía del cuerpo estalla como una creencia adosada, más que sometida, al medio que la lleva y al que prolonga en simbiosis única y en potencia.

Agilidad, agudeza de los sentidos, fuerzas delgadas, sueltas, injertadas en la robustez del camello para franquear imposibles umbrales de resistencia e impasibilidad. Y esas prerrogativas de felinos envuelven la economía del gesto, la delicadeza, todas las formas de sutileza. Saben detectar y emitir energías, ondas, señales imperceptibles y muy matizadas.



Mujer casada turkana.



Hombre de la tribu wazir de Razmak, Pakistán.

Olfatean (literalmente) los afectos, utilizan naderías, granos, descubren por el rastro la identidad exacta de la tribu, su cadencia o su vulnerabilidad. Vigilan. Son los adelantados de un mundo extinto, los médiums de lo infirmo, los intercesores de la crueldad y de la esterilidad de las arenas. Sin embargo, no son nada extraordinario: ellos mismos son la inocencia, el secreto de un mundo anonadado.

[...] Thesiger se ha comprometido moralmente con sus compañeros beduinos, pero no ha librado ninguna batalla ni ha perdido su apuesta. Además, contrariamente a aquellos de su generación que se marcharon "para liberarse de su civilización como otros se liberan de lo divino"³ (Malraux), él no tuvo que retractarse y elaborar una justificación ideológica de sus actos. Es inglés y pretende seguir siéndolo tanto aquí como entre los somalíes, los drusos, los maadanés o las poblaciones del Sudán: bajo los colores coloniales que, por lo demás, no pone en tela de juicio, siempre que la tutela británica no desnaturalice lo autóctono sino que más bien lo preserve en su nobleza primitiva. Por convicción personal y sin duda por haber meditado la experiencia y las palabras de Lawrence (*conscience... is a balanced sadism*)⁴, se niega claramente a

imitar el deseo del otro y a plegarse a su molde mental. Sus ropas y su nombre árabes (Umbarak), la fraternidad con los beduinos, la vida simple no obedecen en él a una rebelión ni a una misión sino a un privilegio solitario cuyas resonancias íntimas o cuyo precio no se sabrán.

Ahora bien, el propio Thesiger lo reconoce en una frase, en el desierto, el daño moral es más fuerte que la mortificación del cuerpo. Hablando de "tensión nerviosa", se refiere a la proximidad del grupo o, si se quiere, al precio exigido por una comunidad que se inmiscuye enteramente entre el individuo y las Arenas. No es nada fácil no llamar la atención y adaptarse a una lengua y a unos comportamientos distintos. El aislamiento que se produce es todavía más notorio dado que el desierto le expone a uno sin cesar a la presencia del otro, privándole de una soledad reparadora. La posibilidad del vínculo (la amistad y la solidaridad incondicionales de los beduinos) tiene como fatal contrapartida la presión continua de todos sobre todos; y para el extranjero algo así como una desprotección permanente bajo el fuego cruzado de las miradas, ante la imposibilidad de sustraerse o de hacer un aparte con cualquiera. El reparto de los riesgos y de los días implica una especie de encierro que compensa las molestias, las disputas "para matar el tiempo". Más profundamente (y al margen de los relatos y de los hechos) el desierto, como la guerra, induce a preguntarse sobre una comunidad que, por muy completa que pretenda ser, no puede sino demostrar su incomplitud esencial. Si, como dice Lawrence, el desierto es una muerte viviente, un combate que no concluye nunca "contra un enemigo que no es ni el mundo, ni la vida, ni nada, sino la esperanza misma",⁵ la comunidad -necesaria- realzará, mediante la ayuda recíproca erigida en ley, esa estancia desorbitada en el peligro. La comunidad se constituye para sustituir a las Arenas, a aquello que constantemente la califica de parasitaria, sitiada, desprovista. Pero mientras el enemigo se mantenga fuera de sí mismo, a la altura de su muerte y de la que amenaza al prójimo, aparece la ironía comunicando que el reparto se basa en la imposible comunión, en la soledad frente a la muerte, esa muerte que se presenta como "la verdadera comunidad de los hombres".⁶

[...] Thesiger estuvo seis años en Arabia, en la época de las caravanas y de los arbitrajes sobre el honor. Utilizando la división de unos, evitando a los otros y recurriendo a los barqueros (los "rabia"), en dos ocasiones pasó el Rub Al Khali y recorrió sus alrededores, como las arenas movedizas de Umm As Sammim y el desierto de los wahiba. Conoció la



Anciano boran, sur de Etiopía.

hostilidad de los oasis entregados al celo religioso, conoció el frío que deja el suelo "como la nieve", el hambre que atenaza como "un dolor de muela". La sed que impide alimentarse, el asco del pan sin levadura y del gusto salobre del agua cortada con leche de camella. Pero también conoció el encanto de la primavera "imprevisible y rara", la sorpresa del "canto de las arenas", el privilegio de montar al animal más puro de Arabia y, entre los jeques, escenas de caza con halcón y de fastuosidad que en aquella época tenían un aspecto muy diferente... Un desierto propiamente inenarrable puesto que para representarse su fuerza habría que contarle *todo*.

Todos los desiertos se parecen, se parecen al Desierto; y sus relatos de exploración del Tibesti al Rub Al Khali confluyen: como si estuviesen moldeados por la letanía de las dunas y de sus horizontes circulares, acaban por fundirse en lo indiferenciado, con algo parecido a un estertor ontológico en sordina, una pesadilla de visceras enfermas que engarzan su brillo. En el propio relato de Thesiger hay, por un lado, la progresión hacia el vacío, el punto sin hogar ni domicilio fijo en donde el fondo de la ausencia se da como un absoluto, al que se adaptará el brevisimo instante de la victoria. Y por otro lado, las etapas se

sobreponen o se anulan en la repetición, ese batir sordo de la uniformidad y de la acumulación de la fatiga que simula un *fatum*, una reversibilidad catastrófica. La aridez del texto, su tonalidad, destinada a otra cosa, acusan el efecto de abstracción, de coalescencia hipnótica en la que están atrapados los seres actuantes y actuados. Pero éstos son precisamente la trampa, el falso movimiento que no hay que seguir. El aburrimiento no es más que el lujo del sedentario; la postración, un abandono contra el que (como ocurre con la alucinación) hay que luchar; la lentitud del camello mitiga la monotonía, etcétera. La extensión llana y amorfa se desdobra en un espacio intensivo que una vez más vibra sin cesar, pasa de graduaciones tenues a sus contrarias sonoras. Aquí no hay nada que no sea utilizado, creado, convertido, que no deje su rastro reinyectando la vida. Una materia en variación, singularidades que siempre son acontecimientos en la inmanencia que se dilata, se hiende, abre una profundidad de campo que no se puede identificar con un trasmundo sino con un "infinito puro".⁷

El desierto se mueve al tiempo que se unifica, produce esa coexistencia de elementos pobres, limitados pero saturados. Y todo el trabajo de Thesiger, su riguroso enfoque, no consiste en allanar o magnificar esa trama suficientemente problemática en sí, con sus secretos, sus efectos engañosos, su fuerza disociadora, sino en dejarla resplandecer, destacándola del sentido y de la interioridad. *El Desierto de los Desiertos* no remite solamente al país irremediablemente extranjero o a una obra, sino al Exterior que se desmultiplica alimentándose consigo mismo.

Bibliografía

¹ Flaubert, *La educación sentimental*.

² W. Thesiger, Edición francesa *Le Désert des Déserts*. Collection Terre Humaine, Plon, 1978, *Les Arabes des Mareis*; Collection Terre Humaine, Plon, 1985, *Vision d'un nomade*; Collection Terre Humaine, Plon, 1988, *The Life of my Choice*, Norton & Company, 1988.

³ *D'Une Jeunesse Européenne*.

⁴ Carta 209.

⁵ *Los siete pilares de la sabiduría*, L., VI, cap. 74.

⁶ Cf. G. Bataille, *La experiencia interior*.

⁷ J. Kristeva, *Semiotiké* (pp. 293-97).

